

## LOS PRESBITEROS

VARIOS, **Los Presbíteros a los diez años de «Presbyterorum Ordinis»**, Fac. de Teología del Norte de España (Burgos), Teología del Sacerdocio 7, 1 vol. de 668 páginas, Ed. Aldecoa, Burgos, 1975.

El Instituto «Juan de Avila» nos brinda un volumen más —el séptimo— de la ya famosa colección «Teología del Sacerdocio», en buena hora iniciada por la Facultad de Teología de Burgos. Me produce una especial satisfacción presentar a los lectores de **Ius Canonicum** esta obra, ya que fui testigo, en años anteriores, del empeño científico y del cariño que los organizadores de las Jornadas de Teología del Sacerdocio, base de estos escritos, ponen en su elaboración. Esta colección viene a cubrir una laguna en un campo en el que abunda la literatura (cfr. Boletines bibliográficos de Esquerda Bifet), pero no precisamente, por lo menos en muchos casos, la literatura seria y sana.

Este volumen, centrado fundamentalmente en el PO, apunta hacia unos objetivos algo distintos a los de años anteriores: tratamiento de un aspecto concreto de la Teología del Sacerdocio pensando no en minorías especializadas, sino en el gran público «eclesialístico» (cfr. p. 9). Debemos decir que se cumple este objetivo sin caer, por otra parte, en la pura divulgación. Esta obra consigue ese equilibrio... difícil de conseguir. Se trata, pues, de un libro accesible, científico y serio, con algunas salvedades.

Colaboran en este volumen los siguientes AA.: N. LOPEZ MARTINEZ, **Presentación; Prólogo** (comentario); **El presbítero en la misión de la Iglesia** (p. 7-73); B. VELADO GRAÑA, **Los presbíteros, ministros de la palabra de Dios, de los Sacramentos y de la Eucaristía** (p. 75-160); L. MARCOS, **Los presbíteros, rectores del Pueblo de Dios** (p. 161-186); J. ANTA JARES, **Relación entre los obispos y presbíteros. El Colegio presbiteral** (p. 187-215); M. MARTINEZ TARRAGA, **La composición del Consejo presbiteral: una temática primordial para la vida de esta institución** (p. 217-239); J. ESQUERDA BIFET, **El presbítero. Unión y cooperación fraterna entre los presbíteros** (p. 241-265); **Estudio comparativo entre la doctrina sacerdotal del Sínodo de 1971 y el Decreto «Presbyterorum Ordinis»** (p. 569-584); **Bibliografía postconciliar sobre el sacerdocio** (p. 585-664); P. LOMBARDIA, **Trato de los presbíteros con los laicos** (p. 267-295); M. ANDRES MARTIN, **Distribución de presbíteros y vocaciones sacerdotales** (p. 297-337); B. JIMENEZ DUQUE, **Vocación del presbítero a la perfección** (p. 339-406); J. IRABURU LARRETA, **Exigencias espirituales peculiares en la vida del presbítero** (p. 407-462); L. CASTAN COLOMA, **Recursos para fomentar la vida espiritual del presbítero** (p. 463-495); J. DE SAHAGUN LUCAS HERNANDEZ, **La formación científica del sacerdote** (p. 497-525); L. M.<sup>a</sup> HERRAN, Sa-

**cerdocio y maternidad espiritual de María** (p. 527-542); J. POLO CARRASCO, **Las asociaciones sacerdotales en el Decreto «Presbyterorum Ordinis»** (p. 543-567).

En la imposibilidad de detenernos en el análisis de cada uno de estos estudios, nos limitaremos a hacer algunas observaciones sobre aspectos particulares. Desde un punto de vista positivo destacaríamos los trabajos de N. López Martínez. A pesar del tono, en ocasiones algo polémico, el A. se mueve con verdadera maestría (¡de maestro, que es!) dentro del esquema de su trabajo y de la línea de seria accesibilidad trazada por él para toda la obra. Destacaríamos también la colaboración del P. Lombardía por la coherencia interna y desarrollo armónico de su esquema. Por fin, una referencia muy particular al artículo de J. Polo Carrasco sobre las Asociaciones Sacerdotales. El tema, de una gran actualidad, encuentra en Polo no sólo el historiador metódico y serio que sabe poner de relieve todos los elementos del PO relacionados con esta cuestión, sino también el teólogo que, reflexionando sobre los datos históricos, consigue acercarse y acercar a sus lectores a una comprensión global y clara de cuanto ahí se dice sobre las Asociaciones Sacerdotales.

Queremos añadir a todo lo dicho algunas líneas más, centrándonos en otro tipo de observaciones. En primer lugar, haremos referencia al estudio de B. Velado Graña sobre los presbíteros, ministros de la Palabra de Dios. Además de que se centra más bien poco en el PO, su estudio resulta demasiado farragoso e impreciso. Le traiciona su riqueza de vocabulario: a veces sus excusas se asemejan a una floresta de palabras donde los conceptos aparecen demasiado diluidos. Le calificaríamos con unas palabras suyas: «De ahí el riesgo y la desconianza inicial ante la palabra humana, provocados por el abuso de tanta palabrería, que han sembrado la desilusión y el desengaño» (p. 87).

Pasando ya al análisis del artículo de B. Jiménez Duque debemos decir que, movidos simplemente por un elemental sentido de justicia, nos extraña una omisión a la hora de abordar el tema de **la llamada universal a la santidad**. Qué duda cabe que el Vaticano II ha subrayado con suficiente énfasis este aspecto tan importante de la doctrina de la Iglesia (cfr. 372). Pero a la hora de hacer su historia sería de justicia poner de relieve la predicación y doctrina de Josemaría Escrivá de Balaguer desde 1928. Resulta extraño que para avalar la afirmación «lo que antes solía decirse de los 'religiosos' hay que afirmarlo, sin ambages de todo cristiano» (p. 372) se recurra a K. Rahner. Me permito transcribirle, a modo de ejemplo, un solo texto más antiguo y al mismo tiempo más actual (esta obra sigue reeditándose en los más diversos idiomas), y además en su lengua, y de un compatriota suyo: «Tienes obligación de santificarte. —Tú también. —¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: 'Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto'». (J. ESCRIVA DE BALAGUER, *Camino* n. 291).

Una última observación respecto al trabajo de J. de Sahagún Lucas. Parece exagerada la importancia crucial atribuida al pensamiento de Teilhard de Chardin (p. 503-505). El A. sabrá que el esquema evolucionista teilhardiano no es, a nivel científico, «dogma de fe» ni muchísimo menos. No es más que esto: una teoría abundantemente aplaudida y abundantemente contestada desde el terreno científico. Que, de hecho, ejerció y sigue ejerciendo un influjo notable en los planteamientos de hombres de la Teología, no se puede negar. Pero a nuestro modo de ver, no basta con constatar y avisar de un hecho —el viraje antropocéntrico— apuntando una de sus raíces, además con tintes exclusivamente laudatorios. Se echa de menos una referencia crítica a estos planteamientos que pongan en guardia a ese gran público «eclesiástico» al que se dirige esta obra.

Este último grupo de observaciones no pretende empañar las afirmaciones positivas hechas a la totalidad de esta obra meritoria en los primeros párrafos de nuestro comentario. Hemos pretendido tan sólo explicitar las salvedades a las que hacíamos referencia, convencidos de que toda obra humana es susceptible de mejora. Por supuesto, también nuestro comentario.

ALVES DE SOUSA

## MINISTERIO DE LA PALABRA

ANDREW BYRNE, *El ministerio de la palabra en el Concilio de Trento*, 1 vol. de 205 págs., Ed. EUNSA, Pamplona, 1975.

Desde las primeras líneas de la Introducción queda expresamente afirmada la razón que ha animado al A. a escribir esta obra: «Algunos, al constatar la insistencia del reciente Concilio sobre el ministerio de la palabra, se han preguntado si existe una oposición entre la enseñanza del Concilio Vaticano II y la doctrina del Concilio de Trento, entre una concepción misional del sacerdocio (que sería la del reciente Concilio) y una concepción cultural o ritual (que sería la del Concilio tridentino)» (p. 17-18). También desde el principio se enuncia la tesis que el A. se propone probar a lo largo del presente trabajo: en lo relativo al ministerio de la palabra no existe entre Trento y el Vaticano II una oposición radical, sino solamente una diferencia de énfasis, en definitiva de matiz, dentro de una continuidad doctrinal.

Al servicio de esta tesis pone el A. el análisis y estudio detallado de las Actas de Trento, detenién-

dose no sólo en los decretos doctrinales, sino también en los decretos de reforma, tanto en los textos aprobados como en los a veces largos procesos de elaboración y en los debates en el aula conciliar.

Estudia detenidamente el «Decreto sobre la predicación» perteneciente al ámbito de la reforma (cap. I). Analiza con detalle los distintos momentos del largo proceso de su elaboración y los debates conciliares, para de esta forma interpretar el sentido que da el Decreto a su afirmación central: la predicación es el *munus praecipuum* de los obispos.

En los cps. II y III estudia el A. el «Decreto sobre el Sacramento del Orden». Con brevedad y concisión analiza los trabajos llevados a cabo en la etapa de Bolonia así como los del periodo segundo en Trento (cap. II). El A. centra bien el estado de la cuestión y con claridad y acierto destaca los aspectos más importantes de los debates conciliares y las líneas doctrinales que los padres ponen de relieve: lo específico, el *officium proprium* del sacerdocio es *offerre*. Si bien, al mismo tiempo, se reconoce la importancia de la predicación, de ninguna manera se acepta la reducción del sacerdocio a la mera predicación, como pretendía hacer Lutero.

Estas líneas doctrinales son expuestas por el Decreto doctrinal sobre el sacramento del Orden y son las que vertebran el Decreto de reforma (cap. III): el sacerdocio no se puede reducir al *nudum ministerium praedicationis*, pues aunque éste es importante, el *officium proprium* del sacerdocio es el *offerre*.

En el cap. IV el A. hace una síntesis doctrinal en base al análisis realizado en los capítulos anteriores. Sintetiza cuál es el concepto del ministerio de la palabra en los documentos de Trento frente a los errores protestantes. A su vez destaca bien las recomendaciones de orden práctico que da el Concilio, como expresión de la importancia que concede a este ministerio: es el *praecipuum munus* de los obispos y es tarea ineludible de los presbíteros *curam animarum habentes*.

El A. ha realizado un sereno y certero estudio de las Actas del Concilio de Trento que le permite concluir —pienso que con todo rigor— que sólo una apreciación superficial de Trento puede dar pie a una supuesta e infundada oposición entre la doctrina del Vaticano II y la enseñanza de Trento relativa al ministerio de la palabra.

El libro incluye unos anexos documentales, que si bien no serían imprescindibles, son de utilidad práctica, pues recopilan los textos tridentinos que son la base del estudio realizado. Son de agradecer los diversos Índices —Escrutatorio, de Concilios, Onomástico y de Materias y Documentos— que hacen más útil el libro.

Por último cabe advertir que el libro está escrito con un estilo claro y sobrio, aspecto que merece ser destacado teniendo en cuenta la lengua materna del autor.

TEODORO LOPEZ